

# M E N S A J E R O S

## INMORTALES

**Fidípides de Grecia**

**Alcalde Acevedo de Pamplona**

**Pablo Revere de Estados Unidos y**

**Andrew Rowan, el del "Mensaje a  
García".**



SM. (r) LEON JAIME ZAPATA GARCÍA

La sociedad se acostumbró —como se ha acostumbrado siempre a las cosas más extraordinarias—, a la palabra mensajero y al cargo humilde que millares de personas desempeñan en el mundo. No se le da ningún valor, no se le asigna mérito alguno, no se le da el significado que tuvo en la antigüedad y que ciertamente tiene aún, así no nos hayamos percatado de ello. En no pocas ocasiones el destino de la humanidad ha sido modificado por un mensajero acucioso que ha cumplido con su deber a cabalidad. Los antiguos, más sensibles que nosotros para captar la grandeza de las cosas sencillas, colocaron este oficio entre los más sublimes y es así como vemos en la mitología griega a Hermes, el Mercurio de los latinos, como dios viajero, protector de los comerciantes y caminantes, mensajero de Zeus y de los demás dioses, “el que corre y vuela entre el cielo y la tierra” según aparece en la Odisea. La Iliada nos trae a Iris como divinidad mensajera de Hera —esposa de Zeus, la diosa Juno de los latinos— la cual es desplazada por Hermes no en la leyenda sino en la preferencia de los devotos de la Grecia de entonces.

La Biblia nos presenta la figura del malo y del buen mensajero en el cuervo y la paloma que Noé suelta desde el Arca; el primero no vuelve, se queda devorando cadáveres; la segunda regresa con un ramo de olivo en su pico. También vemos en varios de los libros sagrados a una categoría especial de ángeles que hacen el oficio de mensajeros de Dios entre los cuales recordamos a Rafael, el acompañante de Tobías, "uno de los siete santos ángeles que presentan las oraciones de los justos y tienen entrada ante la majestad del Santo", y Gabriel, el de la sublime misión ante María para pedirle su asentimiento para la concepción del Mesías; los profetas, los apóstoles y todos los que predicán el mensaje evangélico o cualquiera otro mensaje, llevan en sí la investidura que en forma anónima ha prestado tantos servicios a la humanidad.

Emisarios, postas, estafetas, carteros, propios, mandaderos son sinónimos de mensajero; y, aún, los diplomáticos con todo y sus vistosas condecoraciones, trajes y ceremonias especiales no son ni más ni menos que mensajeros de su propio gobierno.

Los persas, griegos y romanos quienes tenían muy bien organizado este servicio, dictaron drásticas leyes para protegerlos, inclusive hasta la pena capital para quien interfiriera su labor. Los grandes imperios, entre ellos el de Gengis Kan, pudieron sostenerse gracias a la bien organizada red de mensajeros que a caballo cubrían distancias inmensas llevando y trayendo órdenes

y noticias de todo género desde el Mar Amarillo hasta el Mar Rojo y desde el Volga hasta el Mar Arábigo. El imperio de los Incas, disponía de ágiles mensajeros denominados **chasquis** y **quipucamayocs** encargados de servir la más perfecta red de información gubernamental; también los aztecas, mayas y demás tribus americanas contaron con este servicio humano imprescindible, así la era moderna esté inundando el espacio de mensajeros electrónicos.

Es de anotar que los mensajeros han sido tratados con ciertas normas de consideración cuando se les ha aprehendido por fuerzas enemigas. De ahí aquella exclamación "Mensajero sois; amigo: no merecéis pena, no" indicativa de que él no es responsable de lo que porta.

La institución militar es la que más servicios debe al mensajero de carne y hueso, llámese soldado, suboficial o empleado, quien con una escasa asignación va de aquí para allá en un incesante movimiento portando en su cartera desde la misiva familiar hasta el más delicado documento. De todos querido y por todos requerido, su estampa pulcra y familiar se nos cruza en todos los caminos llevando bajo el brazo su preciosa carga. Y no podríamos dejar de mencionar al oficial-enlace que cubre también con este rango altas y delicadas misiones.

En las instituciones civiles mensajeros ha habido que en callada y heroica superación han llegado a cargos prominentes tales como los de presi-

dentes, gerentes, directores, rectores, etc., y en todas las organizaciones quienes, a base de sacrificios sobrehumanos, han dado a la sociedad hijos debidamente preparados en ramas diversas del saber.

La inmortalidad no ha sido extraña para ellos y es así como veremos a continuación tres ejemplos gloriosos que ponen de manifiesto la grandeza de su destino.

### **Fidípides.**

Fue éste un atleta que vivió hacia el 490 a. de J.C. distinguiéndose como el corredor más veloz de Grecia. A la edad de 18 años participa en las olimpiadas coronándose campeón en disco, jabalina, carreras, salto y lucha. Los atenienses, dados a divinizar a sus deportistas premiados por los dioses con la corona de olivo, le prodigan triunfal bienvenida y salen a recibirle a las puertas de la ciudad. Como premio se le da una residencia y tierras de cultivo y como si fuera poco, el derecho a casarse con la chica más bella de la ciudad.

Pero la hazaña más grande de este noble mensajero, objeto del presente relato, se cumplió cuando los atenienses informados sobre la expedición que Darío había enviado contra ellos, mandan a Fidípides a buscar la ayuda de Esparta y en 4 días hace el recorrido de ida y regreso, a pie, unos 450 kilómetros. Como los espartanos prometían ayuda para cinco días después y el ejército persa estaba ya desembarcando en Maratón, no había otro ca-

mino que combatir. Diez mil soldados salen a enfrentarse a una fuerza numerosísima y, entre ellos, el incansable mensajero que cumple su misión una vez más llevando y trayendo recados de un ala a otra de sus propias tropas; cuando ve que la victoria está asegurada parte a su ciudad a llevar la noticia. Cuarenta kilómetros más recorre el héroe mimado de la gloria y de sus conciudadanos, pero ya no hay en su desplazamiento el vigor del pentacampeón olímpico ni la figura apolínea del joven heleno; es solo la sombra de un hombre que impelido por el patriotismo quema en este trayecto el último aliento de su vida. Así le ve llegar la Atenas que un día le recibiera jubilosa. Tambaleante traspasa el umbral y luego de exclamar "¡La victoria es nuestra! ¡Atenas está salvada!" cae muerto.

Nada nos cuenta la historia de los honores que se le rindieron al regreso del ejército triunfante, pero han debido ser suntuosos, como todo lo del pueblo griego y como se lo merecía el astral mensajero. Para hombres de su talla y de su misión no se hizo la frase aquella de "Mensajero frío, tarda mucho y vuelve vacío". Para ellos la gloria y la alabanza de los pueblos.

### **José María Acevedo.**

La historia de este alcalde pamplonés metido a mensajero no es en ningún caso inferior a la del héroe ateniense pues, sin ser atleta, realizó una caminata de Pamplona-Bogotá-Pamplona en el escalofriante tiempo de nueve días —no consta que el recorrido lo hubiese

hecho a caballo, aunque pudo haber combinado las dos modalidades—, distancia que hoy por carretera supera los mil kilómetros, y que en todo caso es desconcertante.

Su ejemplarizante y sublime acción lo es más aún cuando se medita sobre la responsabilidad de un funcionario a quien se le pide que busque una persona para encomendarle el cumplimiento de una delicada misión y cavilando que ella lo es tanto que depende del éxito la salud misma de la patria, resuelve ocultamente realizarla él mismo para asegurar al máximo el buen resultado, aún al precio de su misma vida.

Si el **Mensaje a García** tuvo un apologista tan lírico, tan certero en su radiografía de la irresponsabilidad que invade a la humanidad, tan real en su disertación, el **Mensaje del Alcalde Acevedo** tuvo también un castizo narrador en Julio Pérez Ferrero, sin dejar de hacer resaltar que el hecho primero contribuyó a la Independencia de Cuba (1898) y el segundo tuvo su parte en la liberación grancolombiana, así no conozcamos el contenido del uno y del otro.

#### Veámoslo:

“Al día siguiente de la llegada de Bolívar (a Pamplona, después de Boyacá), se dio principio a los preparativos de la campaña sobre los valles de Cúcuta y del Táchira; los ayudantes y los edecanes de su Excelencia transmitían las órdenes a los diversos jefes para activar la movilización del ejér-

cito; los toques de marcha ensordecían el aire y los batallones se aprestaban a marchar. El Libertador, paseándose por la espaciosa sala que hacía las veces de oficina de despacho, dictaba comunicaciones a sus secretarios; la llegada del señor alcalde suspendió los paseos de Bolívar quien, parándose de repente y con voz sonora, dijo:

—Señor Alcalde: necesito un hombre leal, enérgico, pundonoroso, que lleve pronta y seguramente unos pliegos a Bogotá.

—Excelencia: salgo al punto a buscarlo...

No quería el Libertador desprenderse de ningún individuo militar de las fuerzas que seguían para Cúcuta a las órdenes inmediatas de Anzoátegui, porque a esos se les veía como a héroes, y los héroes no se les destina sino a una muerte gloriosa. Un posta, aun cuando a la eficacia de sus servicios se deba el triunfo, no deja su nombre confiado a la historia; pasa inadvertido, sin reclamos a la pública alabanza, sin derecho a la recompensa.

Un rato después del diálogo transcrito, se presenta el Alcalde de nuevo, y dice a Bolívar:

—Tengo conseguido y listo ya el hombre, tal como lo desea su Excelencia: fiel, enérgico, pundonoroso.

—Está bien, dijo secamente aquel hombre que llevaba en el corazón el anhelo de libertar el territorio americano de toda tutela extraña, y en la conciencia la convicción de su capacidad. A usted, y bajo su propia respon-

sabilidad, que dan entregados estos pliegos.

No se habían cumplido aún nueve días, cuando a la puerta de la habitación del Libertador llama un hombre que, cubierto de polvo, con los pies extremadamente hinchados y el semblante demacrado, denotando la fatiga de una larga y penosa marcha, entrega en propia mano al Libertador un pliego, y dice:

—Queda desempeñada la comisión; esa es la contestación de Bogotá.

—¡Imposible!, exclama el Libertador.

—Abra el pliego, Excelencia, y se convencerá. El Libertador rasga la cubierta con mano febril, y solo pregunta:

—¿Quién lo trajo?

—El hombre que conseguí por mandato de su Excelencia.

Absorto Bolívar en pensamientos que no era dable traducir, no advirtió cuando se alejaba de su presencia aquel hombre, el que se dirigió, impulsado por fuerza misteriosa, a la casa en donde vivía su familia.

Oscurecía la tarde, y pronto los vapores que exhalaba la tierra, empujados por un viento norte, sutil y frío, se confundieron con las sombras de la noche, envolviendo la ciudad silenciosa en densa oscuridad.

Al siguiente día, muy temprano, las campanas tocaban a muerto: el doble prolongado y general de las iglesias, no menos que el correr de la gente en una misma dirección, indicaban que la persona fallecida era de alta posición social. Ocúrrele al Libertador pregun-

tar quién había muerto, y se le contesta que el Alcalde, quien se había ausentado de la ciudad por ocho o nueve días, sin saberse para dónde, pero que ayer, poco después de oculto el sol, entró a su casa enfermo, a causa de excesiva fatiga, agotada su existencia por la privación, habiendo exhalado su último aliento apenas hubo reclinado su cuerpo en el lecho.

—¿Cómo se llamaba?

—José María Acevedo.

—¡Ha muerto un héroe! dice el Libertador.

—¿Qué clase de héroe?, preguntaron los ayudantes que con él estaban, quienes jamás habían oído tal nombre.

—Un héroe del deber, uno de esos seres desconocidos que nada reclaman a la gloria, y que si la fama fuera siempre justa, habría de pregonar sus nombres para que la Historia Nacional los guardase con cariño, y la gratitud les discerniese corona de inmortales. “Que mis palabras me sobrevivan para que ese nombre no se pierda en el olvido”.

Pamplona, la ciudad noble e hidalga, ilustre y generosa, acogiendo los fervientes deseos del Libertador, plena de justo orgullo por su héroe creó la “**Medalla Alcalde Acevedo**” para perpetuar su nombre destinada a premiar a las personas que se han distinguido por sus eminentes servicios a la urbe de don Pedro de Orsúa.

**Pablo Revere.**

Mensajero de los **Hijos de la Libertad** y de la Asamblea Provincial (1773-

1775), grabador y platero de gran prestigio, nació en Boston en 1735 y murió en 1818. Su acción fue para la guerra de Independencia de los Estados Unidos lo que el Florero de Llorente para la nuestra. Preparados los ánimos para resistir a las pretensiones de la Corona de mantener el dominio en las Colonias, el General Gage, Gobernador Inglés de Massachusetts, quiso apoderarse de un depósito de municiones que la Asamblea había establecido en Concorde, dando ocasión a Pablo Revere para su célebre recorrido a caballo, de Boston a Lexington en la noche del 18 al 19 de abril de 1775, avisando raudamente a todos los patriotas de los pueblos circunvecinos y reuniendo a los "Milicianos del Minuto", quienes el 19, al llegar las tropas inglesas a Lexington vía Concorde, les presentan batalla constituyéndose en la primera acción de armas de la guerra de independencia.

La hazaña de este patricio fue cantada por el poeta Henry Wadsworth Longfellow en la composición que lleva por título "Midnight Ride of Paul Revere". A la antigua ciudad de Rumney Marsh, del condado de Suffolk (Massachusetts), fundada en 1626, se le cambió el nombre por el de **Revere**, en honor del ilustre mensajero, quien durante toda la guerra prestó su valioso apoyo a la causa de la libertad y en cuyo servicio alcanzó el grado de Teniente Coronel de Artillería. También es digno de relatarse que en sus propias planchas en 1775 imprimió la primera moneda americana. El tañer de la más

famosa campana de Boston fundida por él, aún recuerda a los estadinenses el servicio eminente de un coterráneo a la grandeza de la nación nortea.

#### **Andrew Rowan el del "Mensaje a García".**

Finalizamos con la obra de Elbert Green Hubbard (1856-1915), una de las más difundidas por el mundo, pues sin contar las veces que se la ha publicado en libros y revistas alcanzó la cifra de los cuarenta millones de ejemplares antes de la muerte del escritor ocurrida en el hundimiento del Lusitania por un submarino alemán.

Hubbard, tomando como punto de referencia e inspiración la carta que el Teniente Andrew Rowan, en su calidad de mensajero del Presidente de Estados Unidos, llevara al General cubano Calixto García Iñiguez, hace una afortunada defensa de la abnegación, voluntad de servicio, cumplimiento del deber y de la lealtad. De él mismo es el siguiente aforismo:

"Las gentes que nunca hacen más de lo que se les paga,  
nunca obtienen pago por más de lo que hacen".

#### **Una Carta a García.**

"Hay un hombre cuya actuación en la guerra de Cuba culmina en los horizontes de mi memoria como culmina un astro en su perihelio.

Sucedió que cuando hubo estallado la guerra entre España y Estados Unidos, palpóse clara la necesidad de una inteligencia inmediata entre el Presi-

dente de la Unión Americana y el General Calixto García. ¿Pero cómo hacerlo? Hallábase García en esos momentos, Dios sabe dónde, en alguna serranía perdida en el interior de la isla... Era precisa su cooperación. ¿Pero cómo hacer llegar a sus manos un despacho? ¿Qué hacer?

Alguien dice al Presidente: Conozco a un hombre llamado Rowan. Si alguna persona en el mundo es capaz de dar con García es él: Rowan. Se busca a Rowan y se le confía la carta que ha de llevar a García, y... nada más.

Como el sujeto que lleva por nombre Rowan toma la carta, guárdala en una bolsa que cierra contra su corazón, desembarca a los cuatro días en las costas de Cuba, desaparece entre la selva primitiva para reaparecer de nuevo a las tres semanas al otro extremo de la isla, habiendo cruzado un territorio hostil y habiendo entregado la carta a García, cosas son que no tengo especial interés en narrar aquí.

El punto sobre el cual quiero llamar la atención es este: Mc. Kinley da a Rowan una carta para que la lleve a García. Rowan toma la carta y no pregunta: ¿En dónde podré encontrarlo?

¡Por Dios vivo!, que hay aquí un hombre, un hombre cuya estatua debería ser vaciada en bronce eternos y colocada en cada uno de los colegios del universo. Porque lo que debe ser enseñado a los jóvenes no es esto, o lo de más allá, sino vigorizar, templar su ser íntegro para el deber, enseñarlos a obrar prontamente, a concentrar sus energías, a llevar la Carta a García.

El General García ya no existe. Pero hay muchos Garcías en el mundo. No alienta un solo hombre de los metidos en empresas y que necesite de la colaboración de muchos, que no se haya quedado alguna vez estupefacto ante la imbecilidad del común de los hombres, ante su abulia.

Inatención culpable, trabajo a medio hacer, desgreño, indiferencia, parecen ser la regla general... Sin embargo, no se puede tener éxito si no se logra por medio o por otro obtener la colaboración completa de los subalternos, a menos que Dios en su bondad obre un milagro y envíe un Angel de Luz como ayudante.

El lector puede poner a prueba mis palabras: llame a uno de los muchos empleados que trabajan a sus órdenes y dígame: "Consulte Ud. la enciclopedia y haga el favor de sacarme un extracto de la vida de Corregio". Cree usted que su ayudante le dirá: "sí señor" y pondrá manos a la obra?

Pues no lo crea. Le lanzará una mirada vaga y le hará una o varias de las siguientes preguntas: ¿Quién era él? ¿En qué enciclopedia busco eso? ¿Está usted seguro de que eso está entre mis deberes? ¿No será la vida de Bismark la que usted necesita? ¿Por qué no ponemos a Carlos a que busque eso? ¿Necesita usted de ello con urgencia? ¿Quiere que le traiga el libro para que usted mismo busque allí lo que necesita? ¿Diga: para qué quiere saber eso?

Y apuesto diez contra uno a que después de que usted haya respondido íntegramente el anterior cuestionario y

haya explicado el modo de verificar la información y para qué la necesita usted, el prodigioso ayudante se retirará y buscará otro empleado que le ayude a buscar a García, y regresará luego a informarle que tal hombre no existió en el mundo.

Puede suceder que yo pierda mi apuesta pero si la ley de los promedios es cierta, no la perderé. Y si usted es un hombre cuerdo no se tomará el trabajo de explicarle a su ayudante que Corregio se busca en la C y no en la K, se sonreirá usted suavemente y le dirá: "Dejemos eso". Y buscará usted personalmente lo que necesita averiguar... Esta incapacidad para la acción independiente, esta estupidez moral, esta atrofia de la voluntad, esta mala gana para coger y remover por sí mismo los obstáculos, es lo que retarda el bienestar colectivo de la sociedad. Y si los hombres no obran para su provecho personal, qué harán cuando el beneficio de su esfuerzo sea para todos...? Se palpa la necesidad de un capataz armado de garrote. El temor de ser despedidos el sábado por la tarde es lo único que retiene a muchos trabajadores en su puesto. Ponga usted un aviso solicitando un secretario, y de cada diez postulantes, nueve no saben ni ortografía, ni puntuación.

¿Podrían tales gentes llevar la carta a García?

En cierta ocasión decíame el jefe de una gran fábrica: ¿Ve usted a ese contador que está allí? —Lo veo, y qué?—. Es un gran contabilista; pero si lo envío a la parte alta de la ciudad con

cualquier objeto puede que desempeñe su misión correctamente; pero puede también que en su viaje se detenga en cuatro cantinas, y al llegar a la calle principal de la ciudad haya olvidado absolutamente a qué iba. ¿Podría confiársele a alguien semejante, la carta para García?

En los últimos tiempos es frecuente oír hablar con gran simpatía del pobre trabajador víctima de la explotación industrial; el hombre honrado, sin trabajo, que por todas partes busca inútilmente en qué emplearse. Y a todo esto se mezclan palabras duras contra los que están arriba, y nada se dice del jefe de industria que envejece prematuramente luchando en vano por enseñar a ejecutar a otros un trabajo que ni quieren aprender ni les importa; ni de su larga y paciente lucha con colaboradores que no colaboran y que solo esperan verle volver la espalda para malgastar el tiempo. En todo almacén, en toda fábrica, hay una continua renovación de empleados. El jefe despierta a cada instante a individuos incapaces de impulsar su industria, y llama a otros a ocupar sus puestos. Y esta escogencia no cesa en tiempo alguno, ni en los buenos ni en los malos. Con la sola diferencia de que cuando hay escasez de trabajo la selección se hace mejor; pero en todo tiempo y siempre el incapaz es despedido: la ley de la supervivencia de los mejores que se impone. Por interés propio todo patrón conserva a su servicio los más hábiles: aquellos capaces de llevar la carta a García.



Conozco a un hombre de facultades verdaderamente brillantes, pero inhábil para manejar sus propios negocios, y absolutamente inútil para gestionar los ajenos, porque lleva siempre consigo la insana sospecha de que sus superiores lo oprimen o tratan de oprimirlo. Ni sabe dar órdenes, ni sabe recibirlos. Si se enviara con él la carta a García, contestaría muy probablemente: "Llévela usted". Hoy ese hombre vaga por las calles en busca de oficio, mientras el viento silba al pasar por entre las hilachas de su vestido. Nadie que lo conozca se atreve a emplearlo por ser él un sembrador de discordias. No le entra la razón y solo sería sensible al taconazo de una bota número 45 de doble suela.

Comprendo que un hombre tan deformado moralmente merece tanta compasión como si físicamente lo fuese; pero al compadecerlo recordamos también a aquellos que luchan por sacar triunfantes una empresa, sin que sus horas de trabajo estén limitadas por el pito de la fábrica y cuyo cabello se torna prematuramente blanco en la lucha tenaz por conservar sus puestos a individuos de indiferencia glacial, imbeciles e ingratos, que le deben a él el pan que se comen y el hogar que los abriga.

¿Habré exagerado demasiado? Puede ser; pero cuando todo el mundo habla de trabajadores así, sin distinción alguna, quiero tener una frase de sim-

patía para el hombre que logra éxito, para aquel que luchando contra todos los obstáculos, dirige los esfuerzos de los otros, y, cuando ha triunfado, solo obtiene por recompensa —si acaso— pan y abrigo. Yo también he trabajado a jornal, y me he hecho la comida con mis propias manos, he sido patrón y puedo juzgar por experiencia propia y sé que hay mucho qué decir por parte y parte. La pobreza no da excelencia por sí solo; los harapos no son recomendación; no todos los patronos son duros y rapaces; ni todos los pobres son virtuosos.

Mi corazón está con aquellos obreros que trabajan lo mismo cuando el capataz está presente que cuando está ausente. Y el hombre que se hace cargo de una carta para García y la lleva tranquilamente sin hacer preguntas idiotas y sin la intención perversa de arrojarla en la primera alcantarilla que encuentre al paso sin otro objeto que conducirla a su destino, a este hombre jamás se le despedirá de su trabajo, ni tendrá jamás que entrar en huelga para obtener aumento de salario. La civilización es una lucha prolongada en busca de tales individuos. Todo lo que un hombre de esta clase pida, lo tendrá, lo necesitan en todas partes: en las ciudades, en los pueblos, en las aldeas, en las oficinas, en las fábricas, en los almacenes. El mundo los pide a gritos, el mundo está esperando siempre ansioso el advenimiento de hombres capaces de llevar la Carta a García".

## Apología

"UNA CARTA A GARCIA", fue escrito de sobremesa, una tarde en el corto término de una hora. Pasaba esto el 22 de febrero de 1899, aniversario del natalicio de Jorge Washington, y ya en la revista "Philistine", de marzo de este mismo año, corría publicado. Fue algo que brotó de mi corazón y que fue escrito tras un día gastado en la pasada faena de excitar a infelices sumidos en los limbos de inacción criminal a que se tornacen hombres auténticos, radioactivos.

Pero la verdadera frase creadora brotó de los labios de mi hijo Bert, cuando en el curso de la conversación y entre taza y taza de té, sugirió que el héroe verdadero de la guerra de Cuba había sido Rowan.

Si —dijo mi hijo— porque Rowan fue quien en la hora oportuna, culminante, llevó a cabo el hecho único, necesario: llevar el mensaje a García.

La frase me hirió como un rayo. Sí —exclamé— el muchacho tiene razón: el héroe es siempre aquel que cumple su misión, el que lleva la carta a García. Corro a mi escritorio, y de un tirón y de uno a otro cabo escribo: "UNA CARTA A GARCIA".

Tan poco caso hice de mi escrito que él fue publicado en la revista sin encabezamiento siquiera. La edición salió y empezaron a llover pedidos por doce, por cincuenta, por cien ejemplares de la revista; y cuando The American News Co., pidió mil ejemplares, pregunté lleno de asombro a uno de mis ayudantes qué era lo que en ese número de la revista levantaba tal polvareda: "Esa historia suya acerca de García", fue la respuesta.

Al día siguiente recibí un telegrama de George H. Daniels, del New York Central Railroad, que decía: "Deme precio de 100.000 ejemplares del artículo de Rowan, en forma de folleto, con un aviso en la portada sobre el Empire State Express, y diga cómo puede hacer la entrega".

Contesté dando el precio y avisando que la entrega se le podía hacer en dos años. Disponíamos de tan pocos elementos, que eso de imprimir 100.000 ejemplares, pareció una empresa tremenda. El resultado fue que di permiso a Mr. Daniels para reimprimir el artículo por su cuenta. Hizolo él en ediciones de a medio millón de folletos. Dos o tres lotes de a 500.000 fueron puestos en circulación, y además fue reproducido por cerca de 200 revistas y periódicos y traducido a todas las lenguas vivas.

Por los tiempos en que Mr. Daniels distribuía "LA CARTA A GARCIA", vino a los Estados Unidos el príncipe Hilakoff, Director de los ferrocarriles rusos. Y como el dicho príncipe fuese huésped del

New York Central y saliera a una gira por todo el país bajo la dirección personal de Mr. Daniels, conoció el folleto y se interesó por él, mas, quizás, por ser Mr. Daniels quien lo repartía y por la gran cantidad que de él vio circular de mano en mano, que por cualquiera otra causa.

Lo cierto del caso fue que, de vuelta a su país lo hizo traducir al ruso e hizo repartir de él sendos ejemplares a los empleados de todos los ferrocarriles del imperio. De Rusia pasó a Alemania, a Francia, a España, a Turquía, al Indostán, a la China.

Durante la guerra ruso-japonesa, cada soldado ruso que iba al frente llevaba un ejemplar de "LA CARTA A GARCIA". Al encontrar los japoneses el folleto en poder de todos y cada uno de los prisioneros de guerra, concluyeron que aquello debía ser cosa excelente y lo vertieron en su idioma. Por orden del Mikado un ejemplar fue repartido a cada uno de los empleados del gobierno, militares o civiles. Alrededor de 40.000.000 de ejemplares de "UNA CARTA A GARCIA" han sido impresos, siendo esta la mayor circulación que una obra —en vida de su autor— haya logrado en tiempo alguno de la historia gracias a qué serie de afortunados accidentes!

Y como de mensajeros se trata bueno es agregar que la humanidad ha des-  
empeñado también este oficio desde sus primeras manifestaciones culturales. Gracias a sus mensajes escritos en la roca, los metales, la arcilla, etc., han podido las generaciones conocer el legado de las que les han antecedido, dejando a su vez otros para las que les sucederán. Y qué otra cosa son los microfilms sino mensajes documentales que debidamente guardados protegen el acervo bibliográfico de una posible desaparición de los originales.

Previéndose contra una catástrofe, la humanidad ha encerrado en recipientes debidamente blindados puestos bajo tierra, desde 1940, a raíz de la Feria Mundial de Nueva York y también en la Universidad de Ogethorpe en Georgia (E.E.UU.) toda una serie

de documentos que permiten en cualquiera época futura reconstruir la civilización hasta ese entonces.

En uno de los cohetes interespaciales acaba de enviarse un mensaje a posibles culturas extraterrestres, en donde se da cuenta de nuestra existencia y posición en el universo. Este mensaje puede vagar por el espacio 200.000 años.

#### BIBLIOGRAFIA

Durant, Will. **La vida de Grecia**. Buenos Aires, Ed. Sudamericana, (1945)  
Mattos Hurtado, Belisario. **Fechos e subcesos de la mia cibdad**. Bogotá, Gómez & Páez, 1948.

Miller, William. **Historia de los Estados Unidos**. México, Novaro, (1963)  
Prawdin, Michael. **Gengis Kan**, el conquistador de Asia. Barcelona, Juventud (1956).